



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE202036

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

La riqueza de la Iglesia

No contaremos en este número de 'Donne Chiesa Mondo' quiénes son las religiosas de hoy. No podríamos hacerlo. Las religiosas suponen tres cuartos de los miembros de la Iglesia, son sus pilares y su alma. Y están repartidas en los cinco continentes llevando a cabo las más variadas funciones. El objetivo de este número es menos ambicioso, pero igualmente importante. Queremos poner de relieve la contradicción entre la realidad de las religiosas y la forma en la que aún se las ve desde una gran parte del mundo laico y de la Iglesia. La contradicción entre un imaginario, -construido por la literatura, la historia, el cine o la televisión-, y el papel concreto que tienen en la sociedad. La contradicción entre la modernidad de su presencia y la imagen anticuada que se les atribuye.

En estas páginas se hallan las historias de las nuevas religiosas, las que viven su vocación en el mundo, sin rechazar los dones del progreso, sino haciéndose partícipes de ellos y son capaces de conciliarlos con la oración y con la meditación. Religiosas que desde la clausura hacen del silencio productivo, y gracias a las nuevas tecnologías, un consuelo nuevo para los que sufren. Se halla, sobre todo, una ruptura con el imaginario de la religiosa sumisa y marginada, obligada por la familia, silenciada por la jerarquía eclesiástica, excluida de los centros de la vida económica, social y cultural. Ya no es así. Las religiosas de Monza, las jóvenes que se quedan solteras y que optan por la vida religiosa como una tabla de salvación o las jóvenes obligadas por la familia a entrar en un convento, son parte de la literatura y parte de la historia pasada. No son el presente.

El camino hoy es otro y ya ha sido transitado en parte por religiosas que ocupan puestos de excelencia o decisivos en la gestión de la sociedad. Y por consagradas y religiosas que ya han construido los pilares de una vocación moderna. Se halla en este número, porque es bueno recordar, el relato de lo que eran las religiosas, hasta hace unos años, para la literatura, para el cine o para la televisión.

Tenemos la impresión de que, incluso en las jerarquías eclesiásticas, todavía hay quienes no han notado el cambio. ¿Y quién tiene miedo? Quien no tiene la intención de acoger la nueva riqueza que proviene del mundo de las religiosas. Quien prefiere pensar en ellas con viejos esquemas. El miedo a las mujeres se ha manifestado en la Historia y en la historia de la Iglesia de diferentes formas. Hoy se manifiesta cerrando los ojos a un cambio que ya existe y del cual la Iglesia podría enriquecerse, por el bien de todos, no solo de las mujeres.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI
FRANCESCA BUGLIANI KNOX
ELENA BUIA RUTT
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRAZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
GIORGIA SALATIello
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

DE LUCIA
VANTINI.
Docente de
Filosofía y
Teología
del Instituto
Superior
de Ciencias
Religiosas
y Estudio
Teológico
de San Zeno
de Verona.
Miembro de
la Comunidad
filosófica
Diotima.
Vicepresidente
de la
Coordinadora
de Teólogas
Italianas



Las molestas teologías

La pandemia es una oportunidad para escuchar la voz incómoda de las mujeres

No es necesario recordar que estamos en un tiempo de incertidumbre. Aunque, en medio de lo obvio, no se puede dar todo por descontado. Entre las cosas que no se pueden dar por sentadas está nuestra postura en el devenir de los acontecimientos. Siempre puede ser cambiante, es cierto, pero siempre responde a la voz a la experiencia. Aunque invisible, continúa dando forma a la historia. Aunque ignorada, insiste en generar conocimiento. Sucede, por tanto, que las palabras y las prácticas se están transformando de una manera que no siempre es transparente y pública, porque no sabemos realmente de dónde vienen ni qué efecto están teniendo en nosotros.

Uno de los puntos de observación de estas transformaciones gira en torno a la vida de los cuerpos y sus narraciones. Siempre da lugar a teorías, imaginarios, discursos y hábitos la manera en la que se regulan las distancias entre cuerpos. El COVID-19 ha trastocado estas distancias, que en ocasiones se acortan demasiado en los hogares y se amplían al máximo en lugares de trabajo, escuelas, tiendas y plazas.

En las iglesias se han adoptado los protocolos de seguridad oportunos, pero se respira una atmósfera extraña que bascula entre el miedo al contagio y el miedo a que el pueblo de Dios pueda vivir bien la fe incluso sin celebraciones presenciales. En todo caso, precisamente porque hay un cambio importante en cuanto a la distancia entre nuestros cuerpos, sucede algo profundo e indescifrable en nuestra experiencia, tocada en el corazón de su vocación relacional. Podríamos decir que es nuestro imaginario de la proximidad el

que se recompone y transforma. No es fácil reorganizar pensamientos, palabras y acciones. Se ha abierto un conflicto interpretativo sobre lo que realmente significa vivir unas buenas relaciones en un momento en el que las tensiones económicas, sociales y políticas son cada vez más exacerbadas. También es difícil tomarse en serio y honrar la vulnerabilidad que nos distingue, desenmascarando las múltiples jerarquías con las que siempre hemos vivido. En las comunidades cristianas, la misma cuestión se resume eficazmente en el término fraternidad, una categoría que no puede sustraerse a las tensiones del mundo en el que vivimos, como también apunta la última encíclica del Papa Francisco.

Escuchar a las mujeres

Para que no se desperdicie esta oportunidad de reelaborar la historia, también debemos escuchar a las mujeres. No en general, porque las mujeres no son poseedoras de lo verdadero (o falso) por naturaleza. Se trata más bien de escuchar a las muchas mujeres que, en medio de infinitas dificultades, enriquecen el discurso sobre el significado de la diferencia sexual apuntando a las diferencias en las que históricamente este discurso decae y a los imaginarios que las acompañan.

Son las mujeres las que han aprendido por experiencia a desconfiar de los discursos universales, neutrales, no históricos y desprovistos de carne mortal. Estas mujeres saben muy bien que la injusticia no tiene pudor y que muchas veces se disfraza con las vestiduras de la paridad. Continuamente nos recuerdan que no será suficiente trabajar en la justicia social o la fraternidad

para transformar el mundo en un lugar verdaderamente acogedor para todos. Nos enfrentan al hecho de que la buena voluntad resbala sobre la superficie de la historia sin insertarse en su tejido si no se vuelve la mirada hacia la singularidad concreta y a aquello que toca en el silencio de la vida.

Al escuchar a estas mujeres se aprende la urgencia de interrogar los imaginarios de la diferencia sexual, porque muchas veces se esconde en ellos algo injusto. Aquí radica la razón de algunas contradicciones en el mundo que plantean interrogantes sin resolver. Por ejemplo, ¿por qué en un orden civil que no permite la discriminación relacionada con la diferencia sexual, las mujeres son las primeras en perder sus trabajos, generalmente se les paga menos, a menudo se encuentran en la agotadora gestión de la casa, se sienten poco aptas para tareas científicas, apenas alcanzan puestos de relevancia y, si sufren violencia, tienden a culparse y a ser culpadas? ¿Y por qué, en una versión eclesiológica centrada en la dignidad bautismal, los vínculos entre los sexos están desequilibrados en las muchas formas que conocemos, oscilando entre la demonización y la idealización de lo femenino sin solución de continuidad?

No se puede dar una respuesta sin sumergirse en el sombrío reino de los imaginarios culturales en los que se expresa la diferencia sexual.

No se trata de una sugerencia para desviar la atención del plano del discurso explícito y político. Es más bien una invitación a afinar la mirada, porque las “explicaciones” también se aplican a lo tácito y a las pasiones que lo agitan. Después de todo, como bien ha demostrado el psicólogo y neurocientífico Michael Gazzaniga, tendemos a producir muchas razones para justificar nuestro sí y nuestro no a la vida, pero a menudo son confabulaciones porque las razones para hacerlo están en otra parte, ocultas por discursos colocados en el terreno de juego para controlar el desequilibrio de la diferencia.

En esta complejidad puede orientarnos una sabiduría femenina, reconocible en el pensamiento filosófico de la diferencia (Diotima) y en las teologías de género de la Coordinadora de Teólogas Italianas (CTI).

Una supresión antigua y siempre nueva

La trama patriarcal que interrumpe los justos lazos entre mujeres y hombres, -desde el punto de vista emocional, interpretativo, legal, simbólico y práctico-, está llena de esas contradicciones que el inconsciente puede permitirse. Sin poder hacer un examen en profundidad, subrayamos cómo muchas veces se establece un imaginario patriarcal que exalta y desprecia lo femenino al mismo tiempo. La mujer así dibujada es paradójicamente demasiado angelical y demasiado demoníaca para ser escuchada en lo que tiene que decir o para que se le permita actuar.



La impresión de una incompatibilidad natural con lo sagrado y con el espacio público pesa sobre lo femenino, incompatibilidad que situaría a las mujeres fuera de lugar en ambos contextos. Esta incompatibilidad se compone de “demasiado” y de “poco”: demasiado maternal, demasiado afectiva, demasiado relacional y demasiado corpórea, por un lado; pero por otro, poco racional, poco sistemática, poco política y poco espiritual. La mujer es irrelevante a nivel de intercambio concreto de perspectivas sobre el mundo, también de perspectivas teológicas. Toda la operación para suprimir o soterrar estos puntos de vista responde a esta trama contradictoria, aunque muchas veces los argumentos esgrimidos tengan un tinte luminoso o idealizante. Estas demonizaciones están acalladas, bien porque no se reconocen, o bien por estrategia.

El punto medio es, sin embargo, perjudicial porque neutraliza todo lo que cuestiona el sentido unitario de la realidad. Porque, de todos es sabido, esto es lo que hacen las mujeres: expresan malestar y deseos que desenmascaran la parcialidad de las tradiciones que no las incluyen y que aún no las quieren incluir y, de esta manera, abren la discusión a muchas otras diferencias.

Desde ese punto de vista, las teologías de las mujeres son inquietantes por el desafío que comportan, es decir, salvar lo particular. Hablan de cuerpos, sentimientos, opresiones, vida e historias, quizás porque están menos preocupadas por lo que está por terminar y mucho más atraídas por lo que está naciendo.

Así emprendieron los caminos de los procesos pascales que pasan por la existencia. En este sentido, no se trata de teologías progresistas: no es lo nuevo lo que atrae, sino el florecimiento del ser.

El sueño femenino no es solo para mujeres

Recuerdo lo que la filósofa María Zambrano escribía sobre las ruinas en un artículo de 1949 probablemente escrito en Roma durante una de las etapas de su larguísimo exilio del régimen franquista.

Frente al Foro Romano, Zambrano advierte el pathos que emana de las ruinas. Para ella, las ruinas son siempre una metáfora de la esperanza que se empeña en mostrarse incluso en las crisis y fracasos. Algo sagrado permanece en el aire, es la huella del pasado que se ha perdido, pero también es el canto de lo que se ha ganado y no ha dejado de lanzar un llamamiento.

Así la hiedra, el musgo o la hierba que se abre paso por las grietas de las piedras que quedan, que tanto encantaron a Zambrano, son también la imagen de esa obstinada esperanza de las mujeres dentro de nuestras comunidades, que en el fondo no es otra cosa que el delirio de la vida misma que pide expresamente ser compartida.

Rafael, Teología, entre 1509 y 1511. Sala de los Museos Vaticanos Segnatura

“Juzgamos a las monjas sin saber”

Maura Delpero ha dirigido una película sobre la maternidad en la vida consagrada

DE GLORIA SATTA

O mujeres sexualmente reprimidas, o criaturas sin corazón, o cantantes alegres. Cuando el cine decide mostrar a las monjas muchas veces lo hace aún a riesgo de tropezar con estereotipos. La película “Maternal” dirigida por la directora Maura Delpero, aclamada por la crítica internacional y premiada en una veintena de festivales, los evita. La película está ambientada en Buenos Aires en una casa de acogida para madres adolescentes gestionada por religiosas y está protagonizada por una novicia (interpretada por la intensa Lidiya Liberman) que, mientras espera los votos perpetuos, establece una profunda conexión emocional con una niña abandonada por su madre. Y ese vínculo, fuerte e instintivo, no escapa a los ojos de la superiora, que se preocupa de que la situación provoque dudas en la joven monja quien, a su vez, está dividida entre lo que siente por la niña y el deseo de consagrarse a Dios. Delpero tiene 45 años. Nació en Bolzano, pero su formación es “transoceánica” (estudió entre Europa y Argentina). Es una reconocida documentalista que en este film trata un tema nunca antes diseccionado por el cine: la relación de las consagradas con la maternidad a la que, al tomar los hábitos, han elegido renunciar. Y lo hace con delicadeza, sensibilidad y profundidad, dando al público una nueva perspectiva de un mundo que a menudo se dibuja bajo la bandera del morbo o el prejuicio.

¿Cómo le llegó la inspiración?

Quería narrar la convivencia entre las religiosas y las madres jóvenes y, para conocer de cerca esa realidad, viví en un hogar en Buenos Aires enseñando cine a las madres en acogida. Pero un día, mirando a una joven monja que llevaba en brazos a un recién nacido, capté algo en sus ojos que no era simple caridad cristiana, sino

algo más íntimo y primordial. Fue una visión inspiradora que me impulsó a cambiar el tema de la película y centrarme en la relación entre una religiosa y su instinto maternal que emerge con arrogancia.

¿Cómo se preparó para tratar un tema tan complejo y poco tratado?

Hablé con algunas monjas. Descubrí cuán plagado de lugares comunes es el imaginario respecto a ellas. Siempre se ha dado demasiada importancia a la renuncia sexual, pero una mujer que toma los hábitos ya ha aceptado este aspecto de su elección. Sin embargo, sobre todo si ingresó al convento a temprana edad, es posible que no hubiera considerado la posibilidad de que el instinto maternal se manifestara provocando un conflicto interno, un dilema que resolver.

¿Las religiosas aceptaron hablar con usted sobre estos temas tan íntimos?

La relación con la maternidad suele ser un tabú, pero las monjas a las que me acerqué confiaron en mí, admitiendo con sinceridad que habían vivido ese dilema. Casi todas lo habían afrontado y resuelto en el convento, a nivel espiritual. Pero conocí a una que colgó los hábitos para ser madre.

¿Estudió usted con monjas?

No, fui a un colegio de religiosos. Hoy me considero agnóstica, pero crecí entre misas, rosarios y el aroma del incienso.

¿Ha mostrado 'Maternal' a las religiosas de la casa de acogida donde estuvo?

Sí, y fue emocionante. Tenía miedo de que rechazaran la película por ser demasiado cruda. En cambio, estaban contentas, se reconocieron en lo que veían. Un motivo más para disipar los falsos mitos porque las religiosas, sobre todo las que realizan tareas sociales, están inmersas en la realidad.

¿Cree que la sociedad tiene una visión distorsionada de la mujer consagrada?

Hay prejuicios derivados de la ignorancia. La elección de entrar en un convento casi siempre está asociada a la renuncia al mundo. Nadie considera que detrás de una vocación hay motivaciones profundas. La sociedad cínica acoge con sarcasmo la sonrisa gozosa de algunas monjas, pero su expresión pacífica es casi siempre un signo de adhesión a un gran proyecto en busca de un amor superior e incondicional que no se encuentra en el mundo.

¿Qué le aportó la experiencia de la película?

Insisto en que nuestra visión de las personas consagradas suele estar dictada por la ignorancia. Los laicos tenemos la presunción de juzgar sin saber y tendemos a generalizar. Pero en el misterio de la vocación hay algo que no alcanzaremos a entender. Y este hecho tenemos simplemente que aceptarlo.



Maura Delpero, (arriba) directora de 'Maternal'. Lidiya Liberman interpreta a la novicia Paola en la película





Smart sister

DE ANNA POZZI

Son políticas y activistas, economistas y científicas. Porque ahora, tanto en las áreas tradicionales de educación y promoción social, como en las más vanguardistas, como las finanzas, el medio ambiente o las redes sociales, cada vez hay más religiosas que destacan por su competencia e ingenio, por su valentía y por su creatividad.

Una de ellas, **Norma Pimentel**, incluso fue incluida entre las cien figuras más influyentes del año pasado por la revista *Time*. Religiosa de las Misioneras de Jesús, lleva muchos años dirigiendo Cáritas del Río Grande, en la frontera entre Estados Unidos y México, comprometida en el servicio a los migrantes. Nacida en México y emigrada a Estados Unidos a los diez años, sigue trabajando en una frontera que no solo es geográfica, sino también política y social, especialmente durante los años de la presidencia de Trump quien la convirtió en una especie de manifiesto. Están en otras fronteras más simbólicas, pero no menos cruciales, como las de las redes sociales, donde están emergiendo algunas figuras de gran interés. Como la hermana **Claudia**, de la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Nuestra Señora del Buen y Perpetuo Socorro, una argentina trasplantada a Italia y... ¡en *TikTok*! Fue la primera en aterrizar en la red social que más gusta a los más jóvenes, entrando en ella poco a poco a través de memes y gags, bailes y vídeos, con mensajes de fe y oración. Con cerca de 75.000 seguidores, Claudia ha hecho verdaderas proezas, por ejemplo, con un video en el que pide una bendición a quienes la ven, acumulando así dos millones de visitas.

La Unión Internacional de Superiores Generales (UISG) ha organizado tres webinars sobre las nuevas formas de

evangelización y discernimiento digital. El primero, dedicado al uso de *TikTok* ha permitido a religiosas de todo el mundo cuestionarse y reflexionar sobre cuál puede ser el significado de la presencia de las hermanas en estas redes sociales y cómo puede ayudar en la misión de la vida religiosa. Un tema, pero sobre todo una práctica, que parece haberse extendido rápidamente con el advenimiento de la pandemia del coronavirus que ha impuesto distancias físicas inevitables, pero también nuevas formas de cercanía. Incluso aquellas que, como las monjas de clausura, han hecho del aislamiento una opción de vida, lo han experimentado. Un ejemplo son las Hermanas Pobres de Santa Clara de Curtatone, que han elegido *WhatsApp* para enviar diariamente resúmenes y comentarios del Evangelio.

Otras han elegido *Facebook* o *Twitter*. Como la hermana **Simone Campbell**, líder del Network Lobby for Catholic Social Justice, quien, junto con otras dos mil monjas estadounidenses, en los convulsos días posteriores a las elecciones, escribió una carta al presidente **Trump** y relanzó el hashtag *#EveryVoteCounts*, (cada voto cuenta), para explicar que “en una democracia secular, el voto es lo más parecido a un sacramento, y haremos todo lo posible para proteger este sacramento”. Simone es también la líder de *Nuns on the Bus* (Hermanas en el autobús), un grupo de religiosas que han cruzado los Estados Unidos a bordo de un autobús desde 2012 para realizar campañas de concienciación sobre diversos temas relacionados con la justicia social como la pobreza, la migración, el derecho a la salud o las desigualdades, apuntando con el dedo a un sistema económico y financiero que enriquece a los ricos y empobrece a los pobres.

Esto lo sabe bien sor **Alessandra Smerilli**, salesiana y economista, profesora de

Economía Política y Estadística en la Pontificia Universidad Auxilium, miembro del Comité de Mujeres para la Igualdad de Oportunidades de la ministra **Elena Bonetti**, pero, sobre todo, nombrada por el Papa Francisco como Consultora del Estado del Vaticano. Antes que ella, otra religiosa había probado suerte en los asuntos financieros: la hermana **Giuliana Galli** de las Hermanas Vicencianas de Cottolengo, licenciada en Sociología en Florida y durante más de veinte años coordinadora del trabajo voluntario de la Piccola Casa della Divina Provvidenza de Turín. Fue miembro desde 2008 de la junta directiva de la Compagnia di San Paolo, de la que asumió la vicepresidencia en 2010, ocupándose de invertir los beneficios del grupo Intesa-San Paolo en el sector social. La llamaron, “hermana banca”, pero se siente más bien militante, tanto en la realidad como en lo virtual. Y hoy, con 85 años, es muy activa en *Facebook* y en la asociación que ayudó a fundar, *Mamre Onlus*, dedicada a proyectos de integración y mediación intercultural y ahora volcada en la distribución de alimentos con motivo de la pandemia. El gran compromiso de las religiosas se reconoce en contextos donde las minorías religiosas no siempre lo tienen fácil. Como en India, donde en septiembre de 2020 una monja católica, **William Parmar**, de las Hermanas Carmelitas de la Caridad, recibió un prestigioso reconocimiento del presidente **Ram Nath Kovind** por “su servicio social ejemplar y encomiable” en el campo de la alfabetización y la ecología al haber repoblado los bosques con 20.000 árboles. Un ámbito, el de la atención al medio ambiente y al clima, en el que muchas mujeres y religiosas están haciendo una contribución silenciosa, pero cada vez más significativa y preciosa.

Religiosas, historias de vanguardia

DE RITANNA ARMENI

Mary Keller es el icono de las religiosas modernas que rompen estereotipos

Para encontrar a la monja moderna, descubrir cómo vive, ama y reza, tenemos que hacer un trabajo de limpieza, es decir, olvidar las imágenes antiguas y dejar de lado los estereotipos que nos han transmitido. Cuando se trata de consagradas y religiosas, es difícil hacer que la realidad se imponga. Es más fácil aferrarse a lo que nos ha contado la literatura, aceptar la historia escrita por hombres y entregarse acríticamente a las imágenes divertidas o grotescas de las monjas retratadas por el cine o la televisión. Todavía hoy pervive en el imaginario la figura de la monja de Monza, trágico ejemplo de la coacción a la vida monacal vivida por muchas jóvenes de familias que no podían proporcionarles una dote adecuada. Mujeres frágiles y esclavizadas. Forzadas. En tiempos, alejadas de la familia, hoy, de la pobreza de los lugares más desesperados del planeta.

¿Solo víctimas?

Se ha intentado construir una imagen más certera y coherente con la realidad. La televisión alemana probó con la hermana **Lotte** en *Por el amor del cielo*; o la italiana con la hermana **Ángela** en *Que Dios nos ayude*. Ambos intentos generosos, pero débiles que terminaron centrándose en lo cómico. O como en la película *Sister act*, hasta en lo grotesco poniendo en evidencia un imaginario que sigue siendo el predominante. En el que el esplendor de figuras del pasado, de **Clara**, por ejemplo, o de **Hildegarda de Bingen**, adquieren un protagonismo residual. Marginal frente al estereotipo de la victimización.

Empecemos por el pasado. ¿Fue realmente así? ¿Era obligatorio elegir un convento?, ¿o esa semilla de libertad que hoy se mantiene viva en el mundo de las religiosas, su capacidad de discernimiento estaba presente incluso en los momentos más oscuros?, ¿no fueron las mujeres que siguieron a Santa Clara y obtuvieron el voto de pobreza

del Papa las dueñas de sus acciones?, ¿y las otras mujeres anónimas de la Edad Media y de los siglos siguientes iban al convento solo porque alguien las obligaba?

Si la historia no hubiera sido escrita casi exclusivamente por hombres, si hubieran podido transmitirnos lo que pensaban incluso en aquellos tiempos lejanos, habríamos encontrado el germen de la libertad en muchas vocaciones. Muchas nos habrían dicho que preferían el convento, la compañía de otras mujeres, la castidad, la vida en la fe y la oración a un mundo hostil que, en el mejor de los casos, las convertiría en esclavas de sus maridos. Que eligieron vivir en oración en lugar de someterse a las reglas de hombres que las consideraban poco más que siervas. Habrían reivindicado que la fe era su libertad y el convento una oportunidad de emanciparse de la opresión y violencia de la sociedad.

Por acercarnos a tiempos más recientes, ¿no asombra la historia de la hermana **Francisca Javier Cabrini**? Veintiocho veces ida y vuelta a Europa por el Atlántico en embarcaciones precarias y después la travesía por los Andes y por países desconocidos. Con su grupo de siete hermanas, las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, recaudaron fondos, construyeron escuelas, jardines de infancia, convencieron a gobiernos y mejoraron la vida de miles de inmigrantes. Y todo ello en un momento en que las mujeres en Italia ni siquiera eran consideradas ciudadanas y no tenían derecho a poseer un patrimonio.

Las primeras hermanas

Intentemos ver la realidad con una mirada atenta y libre de prejuicios. Encontraremos algunas sorpresas, algunas realmente geniales como ver en los periódicos los nombres de religiosas importantes, “las primeras hermanas”, podríamos definir las, a la vanguardia, que no solo están bien presentes en el mundo, sino que aspiran a cambiarlo.

De izquierda a derecha,

Norma Pimentel:
para la revista
"Time"
entre las 100 personas
más influyente de
2020

Simone Campbell
líder de "Monjas en el
autobús"

Alessandra Smerilli,
economista, nominado
por el Papa Francisco



Norma Pimentel fue incluida en la revista *Time* entre las 100 personas más influyentes. Organiza ayuda para migrantes que intentan entrar a Estados Unidos por la frontera. **Alessandra Smerilli** es Consejera de Estado del Vaticano. **Giuliana Galli** fue vicepresidenta de la Compagnia di San Paolo, una de las fundaciones bancarias europeas más importantes. Nos detenemos aquí para que sean descubiertas en este número. Es un hecho que en todos los sectores de la sociedad hay religiosas que ocupan puestos importantes. Que trabajan y adquieren roles protagonistas en el campo de la medicina, el derecho, los estudios sociales y la salud pública. Son contables y abogadas. Ingenieras y arquitectas. Entran, y no de puntillas, en espacios que parecen ajenos al mundo del recogimiento y la oración. También las hay periodistas, expertas en marketing, y otras que utilizan y dominan las tecnologías de la información, así como religiosas comprometidas con el medio ambiente.

Sí, incluso en este campo suelen estar a la vanguardia. Empezando por la hermana **Mary Keller**, quien ayudó a desarrollar *Basic*, «el lenguaje de programación», predijo la llegada de Internet y apoyó, cuando aún no estaban tan extendidas, la importancia de las herramientas de TI y su posible impacto positivo en la sociedad y en la educación de los jóvenes. Nacida en 1913 en Ohio, fue la primera persona en obtener un doctorado en informática en los Estados Unidos en 1965, una verdadera precursora. Keller defendió que los ordenadores podrían convertirse en instrumentos para ejercitar las virtudes cristianas, comenzando por la paciencia y la humildad.

Ahora hay tantas. Junto a ellas, están las religiosas que se siguen dedicando a oficios tradicionales en los conventos como cultivar la huerta, coser o bordar. También hay que preguntarse sobre ellas: ¿son hermanas anticuadas o modernas en un mundo que, para no colapsar, necesita nuevos modelos de trabajo y progreso?, ¿de un regreso al amor por la tierra y sus bienes? Los jóvenes, -y no son pocos-, que hoy están preocupados por el destino del planeta y quieren preservar sus recursos, que prefieren volver a la tierra y al trabajo manual, pueden encontrar una preciosa orientación en las humildes religiosas de los monasterios.

Entre las nuevas monjas hay quienes prefieren el claustro. Y esto puede parecer una contradicción con la fuerte presencia en el mundo, la excelencia de al-



Mary Keller

gunos puestos o el protagonismo en profesiones hasta hace poco solo laicas. ¿Por qué, -se preguntan muchos-, estas jóvenes prefieren encerrarse en la oración, en una relación íntima y exclusiva con Dios?

Es una contradicción solo si se mira a las religiosas con las viejas gafas de ver. Entonces solo se encontrará en la clausura y en la elección del aislamiento una ruptura con el mundo o el miedo a lo que está fuera del convento. No es así. Baste con leer sus entrevistas, las pocas palabras que sintieron la necesidad de decir, para entender que el claustro es el lugar donde la ausencia de ruido permite una relación más verdadera con el mundo. También desde detrás de las rejas es posible comunicarse. Ocurrió durante el confinamiento, cuando llegaban los reconfortantes WhatsApp desde los conventos de clausura, la invitación a hacer del silencio impuesto un nuevo momento sobre el que construir relaciones con los demás y reflexionar lejos de cualquier distracción.

Una calle para una religiosa

Una calle de Karachi lleva el nombre de la hermana Berchman Conway, una misionera católica irlandesa reconocida con varios premios por su trabajo en el ámbito educativo. Berchman's Road fue inaugurada por las autoridades en presencia de profesores, religiosas, alumnos y padres. Nacida en 1929, la hermana Berchman lleva en Pakistán desde 1954 y ha enseñado inglés y matemáticas durante 60 años. Entre sus alumnos está la ex primera ministra Benazir Bhutto y la astrofísica Nergis Mavalvala.



William Parmar,
premiado por el
presidente
Indio Ram Nad
Kovindh

Abajo, Giuliana
Galli, llamada por
los medios italianos
"Hermana banco"
y junto a ella la
hermana Claudia,
argentino residente
en Italia, primera
monja en TikTok



Las tecnologías informáticas de las mujeres separadas de las rejas del convento se han convertido en un instrumento de oración para los demás y con los demás, un medio de comunicación entre hombres y mujeres y Dios. La oración, —tenía razón sor Mary Keller—, también puede transmitirse por Internet y se puede alimentar a través de Instagram, WhatsApp o Twitter.

Lo incomprensible

Las religiosas hoy actúan en el mundo y con las herramientas del mundo, pero hay un momento de diálogo con una monja, —incluso una “moderna”—, en el que es necesario aceptar lo incomprensible. Ocurre cuando hablamos de vocación. ¿Cuándo y por qué sucedió?, ¿qué han sentido?, ¿cuál fue la prueba de que llamada era la correcta?, ¿cuándo estuvieron seguras de su camino?, ¿la elección fue resultado de la meditación, del trabajo duro en una misma o sucedió de repente como la caída de San Pablo de su caballo? Las palabras son difíciles de encontrar. Y difíciles de entender. No solo para quienes hacen las preguntas, sino también para quienes han elegido.

“El Señor me ha llamado”. “Comprendí que mi vida necesitaba a Jesús”. “La Iglesia es una madre, mi madre, y solo en ella siento calor y plenitud”. “Buscaba libertad y gracia, los encontré en el convento con las demás”. “En un momento de mi vida me di cuenta de que tenía que dejarlo todo para conseguirlo todo”. “Si tuviera que explicar la vocación a quien no la tiene, diría que es parecido a un estado de enamoramiento, cuando el otro lo es todo para ti y sientes que tu vida no tiene sentido sin él. Para mí Jesús es esto”.

¿Ninguna duda?, ¿ningún deseo de dar marcha atrás?, ¿ningún miedo? Muchas dudas, muchos miedos y alguna vez la sensación de que el camino elegido no era el correcto. Por eso, se reza y todo pasa.

La crisis de las vocaciones

Los datos dicen hoy que las vocaciones se han reducido. En 2018 había 641.661 religiosas, más de siete mil menos que el año anterior. El número de sacerdotes disminuyó, mientras que el de católicos aumentó. Europa es el continente donde la caída es más evidente, seguido de América y Oceanía. Las vocaciones en África están aumentando. ¿Son estos números preocupantes? La Iglesia debe cuestionarse a sí misma. Las religiosas han constituido la mayoría de su pueblo. Una mayoría silenciosa o silenciada (según se mire), pero importante en la formación del alma y la imagen de la Iglesia.

Surgen entonces dos preguntas: ¿Cuál es el motivo de la crisis?, ¿la caída de las vocaciones femeninas puede asimilarse a la caída en las masculinas, es decir, a un desinterés por la religión, una reducción de la gracia, una afirmación de la secularización o un creciente desinterés por lo sagrado? Es una opinión a la que se une otra que tiene un tinte más femenino. Las mujeres que quieren hacer algo por los demás, especialmente en los países occidentales, tienen a su disposición una amplia oferta de miles de asociaciones y organizaciones en las que pueden ejercer su vocación.

La Iglesia, con sus códigos masculinos y con la escasa consideración por la aportación femenina en la toma de decisiones, se ha vuelto menos atractiva para las mujeres acostumbradas a ejercer el bien en libertad. ¿En qué se convertiría una institución, que ya es rígidamente masculina, si se reduce aún más el número de mujeres?, ¿y si su columna vertebral religiosa se encogiera? Sería un daño enorme.

OBSERVATORIO

de ROMILDA FERRAUTO

Francisco, las mujeres en la Iglesia y ese punto doloroso...

Desde el principio, una de las preocupaciones del Papa Francisco ha sido integrar mejor la presencia y la sensibilidad de las mujeres en los procesos de toma de decisiones del Vaticano. Se ha preguntado cómo pueden dirigir y cómo pueden moldear la cultura. El

Papa se lo confió al periodista británico **Austen Ivereigh** en el libro, *Soñemos juntos*, escrito a partir de sus conversaciones durante la crisis del COVID. A lo largo de los años, el Papa ha nombrado a varias mujeres para puestos importantes en la jerarquía del Vaticano. Pero se le reprocha, y él lo sabe, que

no ha hecho lo suficiente. Él se explica subrayando que estas mujeres fueron elegidas por su competencia, y para modificar la visión y la mentalidad del gobierno de la Iglesia. Quería mujeres como asesoras de los órganos del Vaticano para que pudieran usar su influencia mientras preservaban su

independencia.

Palabras que pueden hacer latir de alegría y orgullo los corazones de muchas mujeres católicas. Porque, sin duda, el Pontífice confía en las mujeres, admira su fuerza y su audacia, su flexibilidad, su sagacidad, su realismo... El libro está cuajado de rostros de mujeres

Las activas #medianuns

La presencia de la vida religiosa en las redes se multiplica

DE LAURA EDUATI

La foto en Instagram llama la atención y arranca una sonrisa. Una monja sostiene un pequeño cocodrilo en sus brazos y comenta: “Cuando respondes a la llamada de Jesucristo nunca sabes lo que puede pasar. Pensé que encontrar la vocación y seguir a Dios era aburrido, estaba equivocada. Se parece más bien a subir en una montaña rusa”. **Allison** es novicia de las Hermanas Paulinas y en su biografía de Instagram indica los lugares donde encuentra a Dios: en la música rock, en los videojuegos, en la ciencia ficción o en los cómics japoneses. Resume así la misión de sus hermanas en el hashtag #MediaNuns. Son religiosas mediáticas: usan la web para evangelizar y llevar así el mensaje especialmente a los más jóvenes haciendo un uso inteligente del lenguaje de los llamados influencers. Las *Media Nuns* están presentes en Estados Unidos y Canadá, pero gracias a las redes sociales, no encuentran fronteras: *Twitter*, *Instagram*, *YouTube* e incluso la muy joven *Tik Tok*. Utilizan todos los recursos que proporcionan una inmediatez impresionante: stickers, selfis, memes, tuits, historias de Instagram, YouTube, conciertos, podcasts, webinars, gifs...

En las redes sociales, el registro es naturalmente el de la ironía. **Bethany** es fotografiada portando una gran estatua de Jesucristo con el comentario: “Ya que se nos pide llevarlo siempre con nosotros... ¡Yo lo hago, literalmente!”. **Julia** se come una carbonara en el refectorio con entusiasmo y un grupo de hermanas se toman un selfi durante el café. Con el mismo espíritu que han dado a luz hace veinte

años a un coro que actúa en Norteamérica con las localidades siempre agotadas, este año, a causa de la pandemia, por primera vez la actuación navideña fue virtual, una oportunidad para concretar el lema paulino, “Conecta con Dios en la era digital”.

Las *Media Nuns* saben usar el lenguaje de las redes sociales con frescura, incluidos los memes, los coloridos aforismos que invaden nuestras pantallas: “Reza más, preocúpate menos” o “¿Qué es la gracia? Pregunté a Dios y Él me respondió: todo pasa”, escribe *Sistah-Tee-Letters* usando rotuladores de colores y purpurina, como si fuera una niña en el colegio. Las imágenes brillantes y juveniles van acompañadas de mensajes profundos: “Tú mereces la espera”, una reflexión sobre la utilidad de esperar el momento adecuado, o a la persona adecuada, o la oportunidad laboral adecuada. Es un pensamiento sobre esperar a que Jesús llegue a nuestras vidas: “Creo que Jesús vale la espera. Si algo o alguien tiene un valor tan grande, no nos conformemos con menos”.

No es una opción para estar al día, sino la puesta en práctica de los preceptos de **Giacomo Alberione** que fundó la Congregación de las Paulinas en 1915. “Hoy la prensa, el cine, la televisión y la radio son los medios más rápidos y eficaces para difundir el Evangelio. Quizás el futuro traiga medios aún mejores”, llegó a decir Alberione.

punto doloroso en el que se condensan la desconfianza, los miedos y las resistencias. Va al corazón de las perplejidades presentes en algunos lugares del universo católico, y fuera de él, en lo que se refiere a la exclusión de las mujeres de los ministerios ordenados y su tal vez consecuente subordinación. Las críticas no han sido muchas, pero sí duras.

que lo han marcado: una religiosa que le salvó la vida al tener el arrojo de utilizar su experiencia en contra de los consejos de los médicos. O su maestra que dejó en él una huella imborrable. Sin embargo, cuando reitera que las mujeres no necesitan ser sacerdotes para asumir el liderazgo en la Iglesia católica, cuando advierte del riesgo de clericalizarlas, el Papa toca un

Miembros de la Conferencia para la Ordenación de Mujeres aseguran que cualquier mujer, desde la trabajadora parroquial hasta consejera del Vaticano, está sujeta a la autoridad de un hombre ordenado. Mientras en Francia, la teóloga **Anne Soupa** se pregunta, en un tono provocador: ¿qué pueden hacer un puñado de consultoras contra los cocodrilos de la Curia?

Para Francisco decir que en realidad las mujeres no gobiernan porque no son sacerdotes es clericalismo y es una falta de respeto. Lo cierto es que la reflexión sobre la vida cristiana femenina obliga a plantear la cuestión del sacerdocio en términos de poder y equilibrio de poderes y la realidad del sacerdocio ministerial en su relación con el sacerdocio bautismal.



De arriba a abajo, Allison, Bethany y Sistah-Tee-Letters



Las *Media Nuns* no solo llevan la Palabra de Dios al lenguaje contemporáneo, sino que a través del relato fotográfico de su vida disipan la vieja idea de que la vocación implica la renuncia a la sociabilidad, a la alegría con las amistades o al disfrute de la naturaleza. No tienen miedo de llevar máscaras de Carnaval o vestidos inspirados en la saga de Tolkien para integrarse mejor con la vida real de creyentes y de los no creyentes. Una semana al año, cada una de las *Media Nuns* renuncia a la conexión. “*Going offline!*”, anuncian antes del retiro espiritual sin teléfono móvil y sin wifi. Una forma de recordar a todos que la vida real está en otra parte. “El otro día miré mis redes sociales y pensé que mi vida parece maravillosa a tenor de las fotos de Instagram”, escribe Bethany. “Pero no ves los días en que no subo nada. Días difíciles. Todos tenemos días. No estás solos, no estoy sola”.

La rebelde veneciana obligada a ser monja

La veneciana Arcángela Tarabotti ya hablaba de igualdad en el siglo XVII

DE ELENA STANCANELLI

La autora

Nacida en Florencia, vive en Roma.

Aparece en escena en 1998 con *Benzina* (Einaudi Stile libero), funda la asociación Piccoli Maestri, que además preside, y colabora con los diarios Repubblica y La Stampa. Su último libro es *Venne alla spiaggia un assassino* (La Nave di Teseo)

La llamaré Elena. Despojándola del hábito monástico que nunca quiso usar. Dentro del cual luchó toda su vida como si estuviera envenenado, como el vestido que Medea había entregado como regalo de bodas a la futura esposa de Jásón. Esto es lo que dicen sus palabras, lo que se lee en sus escritos que tienen la fuerza, la perspicacia y el genio de una verdadera escritora. Leyendo *L'inferno monacale* de Elena Tarabotti pensaba en el diario de Etty Hillesum, escrito en el lado opuesto del dolor. Etty también era una joven curiosa de brillante inteligencia, condenada sin culpa, encarcelada en una cárcel sin sentido.

Pero ella, Etty Hillesum, en el poco tiempo del que disponía, logró conquistar el mundo, amó, paseó por la ciudad y durmió en algunas camas. Tuvo a su disposición su cuerpo para disfrutarlo o sufrirlo. Y con aquello se procuró el hambre y la belleza. Y esa capacidad de ver lo hermoso en cualquier persona y en cualquier cosa la acompañó hasta el final de sus días en el campo de concentración de Auschwitz. Pensé en ella porque en sus cartas y en su diario Etty escribe que le gustaría convertirse en escritora.

Probablemente la misma vida que Elena Tarabotti se había imaginado, si no la hubieran encerrado en un convento contra su voluntad cuando solo tenía trece años para no salir jamás. "Encarcelada no en un claustro sagrado y religioso, sino en las entrañas de la ballena que nunca las vomita", escribe sobre el destino de jóvenes como ella. Etty era judía, Elena había heredado un pequeño defecto físico de su padre: estas fueron las razones de su pena de muerte y su cadena perpetua. Etty Hillesum murió a los 29 años. Escribió poco, —el diario y las cartas—, porque no tuvo tiempo. Al igual que con otros escritores cuyas vidas fueron demasiado cortas, —Raymond Radiguet, Alain Fournier, Emily Brontë, Sylvia Plath—, solo podemos lamentarnos de las maravillas que nunca leeremos. En lo poco que escribió se nota que ya era escritora, no que aspiraba a serlo. Como Elena Tarabotti. Cada una dentro de sus circunstancias. Para Elena, fueron los muros que la aprisionaron y que eligió no ignorar convirtiéndolos en el tema de todos sus escritos. ¿Qué podría haber hecho?, ¿qué podía contar una mujer que había sido hecha prisionera a los trece años si no es su encarcelamiento, su desesperación?

Elena, Elena Cassandra Arcangela Tarabotti, nació en Venecia en 1604, en el seno de una familia rica. Pero no lo suficiente como para proporcionar la dote necesaria para casar adecuadamente a sus numerosas hijas. *Aut murus aut maritus*. Según una costumbre de la época,



su padre Stefano optó por sacrificar a quien, según su incuestionable opinión, habría tenido mayores dificultades para encontrar marido. Elena era coja, como él.

No sabemos nada más sobre su apariencia. Sus escritos y ensayos sobre ella siempre van acompañados de un retrato que durante mucho tiempo se creyó suyo. En cambio, es María Salviati, esposa de Giovanni de Medici y madre del Archiduque Cósimo I, una obra atribuida a Pontorno y conservada en los Uffizi en Florencia. Fue pintado unos cincuenta años antes del nacimiento de Elena quien, no es esa mujer de nariz larga y fina, ojos ligeramente diferentes entre sí y boca bien dibujada.

Elena era coja, tenía pies zambos, como el diablo.

¿Podría haber sido esta realmente la razón por la que fue elegida como víctima de esa abominación, del confinamiento monástico forzado? Quizá, o quizá tenía un carácter menos sumiso que las otras hermanas, una vocación a la independencia que se podía leer en su alma, aunque fuera solo una niña. Quizá Elena fue señalada como una de esas mujeres difíciles de domesticar, nunca satisfecha y demasiado inteligente para contentarse con un matrimonio de conveniencia. Una de esas mujeres histéricas, cuya pasión o, peor aún, raciocinio podría volar la cadena de montaje procreación / herencia / renta. Quizás Elena, además de coja, no fue lo suficientemente



despierta como para ocultar su inteligencia y talento, por lo que la familia tuvo que empeñarse en atajarlos.

En 1617 fue destinada, a la edad de trece años, al monasterio de Sant'Anna. De ese convento, en el que recibió la consagración doce años después, nunca volvió a salir.

Su primer libro, aquel en el que aún estaba fresca la rabia por la condena, lo escribió a los veinte años y lo llamó *Tirania Paterna*, pero no se publicó. Vio la luz póstumamente, con el seudónimo de Galerana Baritotti y el título *La semplicità ingannata*, y fue incluido en el índice de libros prohibidos en 1661. El volumen condenaba la práctica de la reclusión monacal forzada y reivindicaba la dignidad de la mujer y el derecho a la educación. El siguiente, *L'inferno monacale*, permaneció inédito durante cuatrocientos años, pero el manuscrito estaba circulando y sobrevivió una transcripción en la colección de Alvise Giustiniani. No es una escritora famosa y, sin embargo, su libro se puede comprar en una plataforma de comercio electrónico. Es como una bacteria que se esconde entre las vendas de las momias para sobrevivir y, una vez liberada, va pavoneándose por todas partes.

¿Qué es ese infierno? La versión grotesca del paraíso al que habían prometido llevarlas. Todos mienten a las jóvenes que tienen que cruzar el umbral del convento. La familia miente cuando les promete que vivirán en

un lugar donde todo es ligereza y donde serán libres de la obligación de trabajar y cumplir con los deberes de esposa o madre. En el convento, les dicen, habrá abundante comida y habitaciones en las que descansar. Pero, sobre todo, a las jóvenes forzadas a ser monjas se les dice que podrán disfrutar de la máxima libertad.

“Avariciosos de poco dinero, pero pródigos de la libertad de los demás”, escribe Tarabotti sobre los padres que se liberan de sus hijas encarcelándolas. Mienten como mienten las otras mujeres, las monjas, víctimas también ellas de aquella práctica. De hecho, estas últimas mienten aún más de acuerdo con un mecanismo psicológico que conocemos: en la cárcel, los más atroces son los compañeros de destino, que delatando y engañando, tratan de obtener incluso las más pequeñas concesiones durante su encierro.

Dentro, las jóvenes van vestidas con una túnica de lana oscura, pero se preferiría vestir las con pieles de camello, como ermitañas; o con hojas de laurel, para ahorrar; o incluso sin nada, para ahorrar aún más. Porque lo que pasa es que las familias, una vez dentro del convento, abandonan a sus hijas. Por culpa o alivio no quieren saber nada más y, sobre todo, no quieren gastar más en ellas. Y el convento se llena de enfrentamientos, insultos contra los familiares que las dejaron ahí y contra las superiores que lo permitieron. “Bajo la apariencia de duras fibras tensadas por nudos irrompibles, se mueven desesperadamente y se debaten entre esas paredes sin obtener ningún otro fruto que un dolor atormentador. La obediencia no es más que una función, una ceremonia, todo es vanidad y sombra que engaña al ojo de quien mira la corteza sin penetrar hasta la médula”.

Así, la ceremonia de afirmación se asemeja sobre todo a un funeral: “tirada boca abajo en el suelo [la novicia] se cubre con un paño negro. Se coloca una vela a sus pies y una en la cabeza mientras cantan letanías. Todos son signos que representan su muerte. Ella misma escucha su propio funeral y lo acompaña con lágrimas y sollozos, sacrificando todos los sentidos a la pasión y al dolor... La superiora le entrega el *sorazzetto*”, para recordarle que los próximos tres días tendrá que estar en silencio.

Una vez muerta así, enterrada y olvidada, se publica el cuarto libro de Elena Tarabotti que se titula, *Paradiso monacale*. No se trata de una retractación, sino de un fingimiento más hábil. “Me corté el pelo, pero no erradicaron los afectos; cambié mi vida, pero los pensamientos, igual que el pelo, cuanto más crecen, más vuelan”. Tal como escribió en *L'inferno, qui nescit pretendere, nescit vivere*.

Escribió más, siempre escribió. En 1644 estrenó en Venecia la antísátira para los tipos de Valvasense en respuesta a la sátira misógina del sienés Francesco Buoninsegni *Contro 'l'lusso donnesco*. La obra fue publicada con el nombre en clave, “D. A. T.”, y estaba dedicada a Vittoria Della Rovere, esposa del Gran Duque Fernando II, quien mantenía correspondencia con la propia autora. Y en 1651, nuevamente bajo el mismo seudónimo, publicó el controvertido tratado *Che le donne sono della spetie degli huomini*, en respuesta a una obra latina de 1595 atribuida a Valens Acidalius e impresa en italiano en 1647.

Sor Arcangela Tarabotti murió “de fiebre y mala suerte” el 28 de febrero de 1652 a la edad de 48 años.

De izquierda a derecha, Retrato de Maria Salvati, esposa de Giovanni de' Medici y madre del archiduque Cosme I, atribuido a Pontormo (1494-1557) custodiado en los Uffizi en Florencia, equivocadamente por muchos identificado con Arcangela Tarabotti. Al lado, Sara Momo (1925-2015) en el papel de la Hermana Arcangela Tarabotti en 'Seicenta', 1982. Abajo, la Iglesia de Sant'Anna en Castello en Venecia donde entró Arcangela Tarabotti en 1617

Feminista en la Edad Media

DE ROSSELLA MILONE

La autora

Rossella Milone vive y trabaja en Roma. Ha publicado con Einaudi: *Cattiva* (finalista Premio Volponi, 2018), *Poche parole, moltissime cose* (2013), *La memoria dei vivi* (2008); con *Minimum fax* *Il silenzio del lottatore* (2015); con Laterza *Nella pancia, sulla schiena, tra le mani* (2010); y con Avagliano *Prendetevi cura delle bambine* (2007). Escribe para *L'Espresso*, *TuttoLibri* y *Donna Moderna*. Rossella Milone coordina el proyecto dedicado a la divulgación y promoción del cuento, Cattedrale, observatorio sobre el cuento. (www.osservatoriocattedrale.com)

Nacida en Venecia en 1365, **Christine** fue cuidada por un padre atento a su educación que la salvó de cualquier forma de prejuicio de género. El patriarcado en la familia **Pizzano** (apellido original) fue minimizado por un modelo paternal ilustrado. Presencia de libros, accesibilidad y posesión de herramientas mediante las cuales asimilar conocimientos. Estos tres parámetros, que todavía hoy no se han de dar por descontado, fueron obstáculos en aquel momento. Si **Christine de Pizan** está considerada como la primera mujer en ejercer una profesión intelectual, una de las precursoras del feminismo y la primera historiadora secular, es porque fue una de las mujeres, —más bien única que rara—, que podía aferrarse a esas tres posibilidades.

El entorno culto en el que Christine tuvo la suerte de crecer no podía garantizar a ninguna mujer la posibilidad de evolucionar desde su posición. El hecho diferencial no estaba tanto en la cultura, sino en la posibilidad de acceder a ella, y también en la personalidad que se forma dentro de esas posibilidades. **Tommaso da Pizzano** era médico y astrólogo, su sensibilidad apoyaba las aptitudes de su hija. La complicidad entre padre e hija fue el ingrediente milagroso que marcó la vida de Christine, que, incluso antes de estudiar, supo formar su propia individualidad salvaje, ilustrada e independiente.

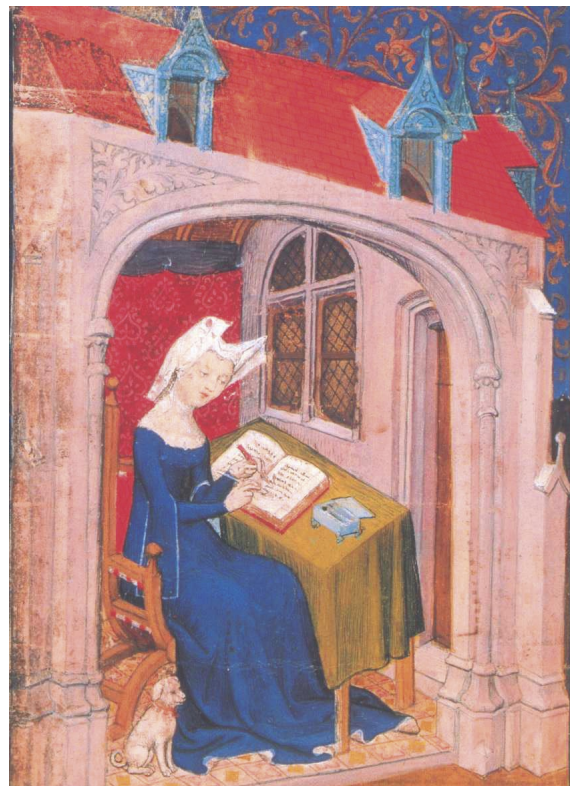
La independencia es uno de los aspectos cruciales de la vida de Pizan que la empuja a decirse a sí misma lo que puede hacer para satisfacer su individualidad como mujer, trabajadora y ciudadana. Fue la necesidad de esta independencia la que construyó, año tras año, su figura como profesional independiente.

En 1369, Tommaso se trasladó con toda su familia a la corte del rey francés **Carlos V**, donde trabajó como médico. Christine tenía cuatro años y París en aquellos días era un centro neurálgico de la civilización, la capital europea donde se cocinaban las nuevas ideas políticas y literarias. Christine menciona ese período varias veces en sus obras, recordando a los equilibristas que cruzaban el aire en una cuerda floja entre las dos torres de Notre-Dame, o el desfile del sultán de Egipto cuando visitó a los reyes de Francia. Esta multitud de personajes exóticos desprovincializó su pensamiento. Tuvo la oportunidad de acceder a la inmensa biblioteca de la corte, lo que le permitió aprender a leer y escribir.

Christine se casó a los quince años con **Étienne de Castel**, notario y secretario del rey, nueve años mayor que ella. Por mucho que fueran unos adelantados a su tiempo, la familia, según la costumbre, organizó la boda y Christine vivió con su marido durante diez años. Era un hombre al que amaba mucho y este aspecto influyó en la medida en que este amor, como el que la había unido a su padre, le enseñó a respetarse a sí misma.

Tuvieron hijos. Christine era mujer, madre, esposa. En sus obras nota varias veces lo doloroso que era renunciar

La filósofa y poeta Christine de Pizan abrió el debate de la subordinación



al tiempo para leer durante esos años, pero, sobre todo, lo cansado que era renunciar al tiempo para dedicarse a sí misma. Una reflexión audaz, articulada y valiente para una mujer de aquella época.

Cuando murió su marido, Christine tenía veinticinco años. Se encontró sola con hijos que mantener.

Fue en ese momento, en el dolor y en la soledad, cuando Christine realizó esa reflexión consciente sobre su propia situación como individuo. Un proceso que pertenece mucho al acto creativo: el de sumergir la mirada en uno mismo y extraer algo nuevo. Una creación nacida del propio pensamiento, que genera otro pensamiento. Fue por necesidad, —como sucede a menudo—, como Christine se transformó, gracias también a todo el sustrato emancipatorio sobre el que ya estaba injertada su personalidad.

Christine tuvo que cuidar de su familia y tuvo que administrar las cuentas de un amplio patrimonio que siempre había estado a cargo de su esposo. Fue entonces cuando Pizan se dio cuenta de que las mujeres siempre estaban fuera del espacio de gestión de las cuentas familiares, de los quehaceres burocráticos y de aquello que quedaba fuera del hogar o del cuidado de los niños.

Christine necesitaba todos los sueldos atrasados de su marido olvidados en los bolsillos del soberano, dado que era una noble costumbre la de posponer la compensa-

ción para sus empleados. Pizan poseía la autonomía y las herramientas para luchar por lo suyo, así que emprendió una batalla legal que duró años. Durante ese tiempo construyó su propio pensamiento político, adquiriendo las nociones y la actitud de un estratega, y fue, siempre reconociendo sus dificultades, cuando comenzó a encarnar su propia figura como intelectual laica.

Christine cuenta, en una de las anécdotas personales que caracterizan su obra, cómo se produjo este reconocimiento. Tan pronto como quedó viuda, tuvo un sueño en el que estaba a bordo de un barco en medio de una terrible tormenta y sin capitán, probablemente una figura que representaba a su esposo. A los mandos del barco en la tempestad, Christine invocó a la Fortuna, quien comenzó a tocarla, y mientras Fortuna la tocaba, Christine se dio cuenta de que ya no tenía el anillo de bodas y que había asumido físicamente los rasgos de un hombre. Para superar la tormenta había sido necesario asumir la apariencia de un varón. Cuando despertó, escribe Christine, se dijo a sí misma: "Me sentí mucho más ligera de lo habitual". Si el sueño es real o inventado, no importa. Pero podemos darnos cuenta de que desde ese momento Christine entendió que su actitud tendría que cambiar para imponer su propia voz de mujer. El mecanismo es el de la mayoría de las artistas y trabajadoras que, a lo largo de los siglos, han tenido que imponer, y siguen teniendo que hacerlo, su propia visión para dominar la del universo masculino. Para entenderlo, sirva lo que Agnese piensa en el libro de Anna Banti, Un grido lacerante, de 1981: "No, ella no había reclamado nada más que la igualdad de pensamiento y la libertad de trabajo entre hombres y mujeres, que todavía, de vieja contestataria, le atormentaba".

A partir de ese momento, Christine comenzará a escribir tratados relacionados con la política y la cuestión de género que desembocarán en el célebre, *Livre de la Cité des Dames*, de 1405, que pretendía contradecir los tópicos misóginos planteados, sobre todo, por el *Roman de la Rose* de **Jean de Meung**. El verdadero proceso emancipatorio, sin embargo, estaba en los hechos. Más que en los libros, la fuerza empresarial y profesional de Christine quedó

Solita estoy

Solita estoy solita quiero estar
solita me ha dejado mi dulce amigo
solita estoy, sin compañero ni maestro
solita estoy, desdichada y enfurecida
solita estoy, de languidez aquejada
solita estoy, más que ninguna abandonada
solita estoy, al quedar sin amigo
solita estoy, junto a una puerta o a una ventana
solita estoy, en una esquina recostada
solita estoy, alimentándome de lágrimas
solita estoy, sufriendo o descansando
solita estoy, nada más me desplace
solita estoy, en mi cuarto encerrada
solita estoy, al quedar sin amigo
solita estoy, doquiera y en todo lugar
solita estoy, que camine o me siente
solita estoy, más que ninguna cosa en la tierra
solita estoy, de cada uno dejada
solita estoy, duramente humillada
solita estoy, toda envuelta en lágrimas
solita estoy, al quedar sin amigo
Príncipe, ahora que ha comenzado mi dolor
solita estoy, de todo pesar amenazada
solita estoy, más sombría que lo oscuro
solita estoy, al quedar sin amigo
abandonada.

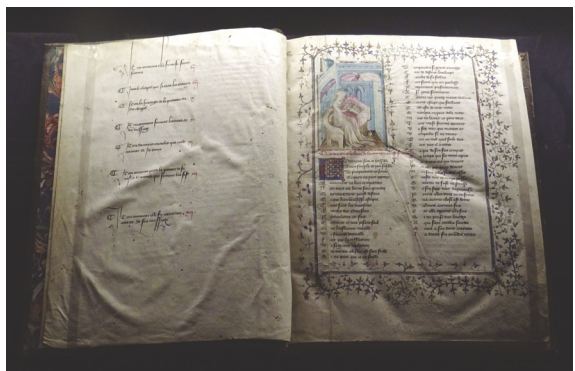
El poema que Christine de Pizan escribió tras la muerte del marido Étienne en 1390 a causa de una pandemia

demostrada por su propia vida, un testimonio ejemplar, ya que sus muchos de sus libros fueron reconocidos y demandados en todas las cortes de Europa. Ella misma dirigía el taller donde se copiaban sus textos, un lugar de trabajo para maestros calígrafos y diseñadores de miniaturas, en su mayoría mujeres.

Su papel como trabajadora e intelectual no necesitaba ser contado porque estaba ampliamente demostrado.

Después de quince años de enorme éxito, en 1415 Francia fue derrotada en Azincourt por **Enrique V** y parte de los franceses se puso del lado de los ingleses. En 1418, los borgoñones saquearon París. Es cuando Christine conoce el silencio. Por prudencia se retira a un hermoso y rico monasterio cuya abadesa es hija del rey (Christine disfrutó de una red de amistades muy influyentes). En la calma del retiro, lejos de la violencia que aniquila a Francia, Christine afronta su vejez familiarizándose con la idea de la muerte. Es mayor, tiene más de cincuenta años, y en la tranquilidad de las estancias monásticas se obliga a deponer su vida combativa. Sin embargo, alguien, después de once años de absoluta calma, vuelve a estimular su imaginación, a cuestionar su curiosidad intelectual como ciudadana. Es una joven animada por un espíritu profético, enviada por Dios, que aparece en el campo de batalla contra los ingleses que están reduciendo a fuego y espada al ejército enemigo. Es **Juana de Arco**, una mujer que empuja a Christine a volver a escribir y a crear lo que hoy llamaríamos un *instant-book* sobre su vida cuya escritura acompañará a Pizan hasta su muerte en 1430 en el monasterio. El libro se llama *Le Ditie de Jehanne d'rc* y comienza así: Yo, Christine, que he llorado durante once años encerrada en la abadía, ahora por primera vez me río, río de alegría.

Christine de Pizan





*Sor Doris,
la maestra
cervecera
de los más
de 3.000
hectolitros
al año*

El monasterio de la birra

DE VALENTINA PIGMEI

Servir a Dios haciendo cerveza artesanal? Durante 45 años la hermana Doris Engelhard en la Abadía Franciscana de Mallersdorf, en Baviera, ha estado haciendo precisamente eso. La última monja cervecera de Europa, la hermana Doris, es una verdadera fuerza de la naturaleza. Además de producir alrededor de 3.000 hectolitros de cerveza al año ella sola, esta Braumeister (maestra cervecera) de 65 años ama su trabajo y lo hace con alegría contagiosa, la misma que destila al servir al Señor: "Puedes servir a Dios en todas partes, sin importar la profesión u oficio que tengas. Es bonito agradar a Dios y a mis hermanas junto a nuestros clientes". Como ella misma nos cuenta, el vínculo entre la cerveza y las mujeres, incluso las de Iglesia, es muy antiguo. Se dice que la cerveza fue inventada por una mujer hace diez mil años. "Hay varias versiones, -explica la hermana Doris a quien contactamos vía email-. Se piensa que la antigua cerveza nació probablemente en Mesopotamia, a partir de un trozo de pan olvidado a la intemperie, que cogió humedad y comenzó a fermentar. El líquido resultante tenía propiedades asombrosas. ¡Esto podría haber sucedido hace unos 10.000 años!". Una bebida antiquísima, quizá incluso más antigua que el vino. "En la Epopeya de Gilgameš, en el segundo milenio antes

de Cristo, se habla de una bebida similar a la cerveza hecha con dátiles y cebada. Los estudiosos opinan que el comienzo del desarrollo de la cultura humana está estrechamente relacionado con el arte de la elaboración de cerveza".

La primera diosa, considerada la matrona de la cerveza, fue la sumeria Ninkasi, seguida de Athor, una egipcia, e Istar, una divinidad babilónica. Egipcias, asirio-babilonias, persas, cretenses, griegas y bizantinas, mujeres que se han dedicado durante miles de años a la preparación de esta bebida. Hasta la Edad Media, la cerveza se elaboraba casi exclusivamente por manos femeninas. "Era responsabilidad de la madre de familia proveer el sustento, que también incluía las bebidas. Inmediatamente después de hacer el pan en el horno, se producía cerveza porque en esos ambientes cálidos circulaba en el aire un residuo de levadura en polvo que facilitaba la fermentación de la cerveza. En Alemania hay un dicho que viene a decir: "Hoy horneo, mañana hago cerveza". Para producir cerveza se necesita un cereal que contenga un buen porcentaje de almidón para que fermente y algunas especias para darle sabor. Los sumerios llamaban a su cerveza kasch. La palabra aún sobrevive hoy en la palabra eslava kas que significa sopa de pan". La cerveza en Alemania todavía se llama flüssiges Brot, pan líquido.

Fue una mujer de numerosos talentos, -religiosa y botánica, filósofa, escritora, poeta y lingüista-, la que descubrió las propiedades del lúpulo, ingrediente que transformó la cerveza medieval en lo que bebemos. Esa mujer fue Hildegarda de Bingen, santa y declarada doctora de la Iglesia en 2012 por el Papa Benedicto XVI. "Creo que Hildegarda era una mujer inteligente y sabia. Tuvo el valor de decirle a los hombres lo que es más sano, ¡no tuvo problemas para emanciparse! Estaba segura de sí misma e hizo lo que pensó que era correcto".

En la Edad Media, numerosos monasterios, especialmente en Baviera o Bélgica y también en Italia, se convirtieron en productores de esta nutritiva, pero de alguna manera turbia bebida. No es exactamente lo que bebemos hoy, sino una versión más rudimentaria y picante ya que la cerveza medieval se elaboraba con las aguas sucias y malsanas de los conventos. La Abadía de Mallersdorf ha estado vinculada a la producción de cerveza desde el siglo XII. Después de una larga interrupción, la pro-



ducción de cerveza se reanudó en 1881 y luego en los años setenta gracias a la hermana Doris. Hasta hace treinta años, el monasterio de Schönbrunn, cerca de Dachau, en Alemania, también contaba en su interior con una cervecería regentada por monjas. Hoy, por desgracia, quedan muy pocas maestras cerveceras entre las religiosas como la hermana Doris, que se levanta a las 3 de la mañana todos los domingos para entrar a la sala de cocción. “Mallersdorf fue fundada por los benedictinos de Bamberg en 1.109. Dado que los benedictinos eran autosuficientes, comenzaron a elaborar cerveza en este período. Hay una bula de 1.432 que permite a los benedictinos de Mallersdorf vender cerveza en barriles. Yo misma trabajo en la cervecería del convento desde 1966 y soy responsable de ella desde 1975. Soy una maestra cervecer a muy normal e intento, como cualquier maestro cervecero, hacer una buena cerveza”.

La de Doris una historia de vocación y dedicación. Quería estudiar agricultura y dedicarse a un trabajo manual y, por ello, una religiosa le sugirió que se ocupara de la cervecería. Así comenzó su aprendizaje en 1966, cuando tenía diecisiete años, en la cervecería del convento de la mano de la hermana Lisana, maestra cervecer a. “En 1974-75 asistí a un instituto profesional para la producción de cerveza en Ulm. Elaborar cerveza representa para mí un trabajo para obtener un alimento bueno y sano. Es un placer poder ofrecer a nuestros clientes una bebida sustanciosa. Me encanta mi trabajo y me encanta el olor a cerveza y trabajar con la levadura y la cebada. Me alegro cuando la gente disfruta de nuestra cerveza con alegría. Seguramente Dios no quiere que la gente esté triste y frustrada. Hay tantas cosas que hacen que la vida sea agradable y valga la pena vivirla. Para mí es trabajar en la cervecería y poder beber una buena cerveza. La cerveza es la bebida con menor contenido alcohólico y, como también contiene dióxido de carbono, es digerible. Es una bebida saludable... ¡si no te excedes, claro!”.

TRUBUNA ABIERTA

El signo que falta de de VIOLA LO MORO

Daos fraternalmente la paz”. Muchas veces he sentido ganas de llorar en ese preciso momento. No sabía por qué, probablemente tenía que ver con el hecho de que mi cuerpo se tensaba durante la misa para seguir gestos rituales precisos y, escuchar esa expresión, me permitía relajarme unos instantes, acercarme, intercambiar una mirada, un apretón de manos, una palabra o un susurro: paz. Al “dar” paz, me deseaba un poco de paz para mí, una tranquilidad que venía en primer lugar de la relajación de los músculos, como si la tensión acumulada en el cuerpo pudiera volverse líquida. Por unos momentos, suponía permitirse el lujo de ir más allá de los límites del propio cuerpo, permaneciendo dentro de una especie de una danza ritual precisa, que primero produce un poco de vergüenza, para después llevar a un placentero contacto. Muchas veces acudo a los templos, pero pocas asisto a misa si no es por motivos relacionados con una contingencia dolorosa o festiva. En estos tiempos de distanciamiento, he recurrido a fórmulas profundas (oraciones, canciones, poemas, imprecaciones, peticiones de ayuda y perdón), pero echo de menos el contacto físico con otras personas. Me ha llegado una antigua nostalgia, como llegan las olas altas, que me ha hecho volver a una época en la que ir a misa era una costumbre, no una excepción. Cuando estaba plenamente dentro de la Iglesia, vi sus defectos de forma clara: detestaba su poder, riqueza, temporalidad, arrogancia e inconsistencia. Ahora que estoy fuera de ella, la miro desde una distancia sideral, como si fuera un cuerpo extraño. Al hablar de ello en conversaciones con amigos, recorro sin darme cuenta a una larga serie de estereotipos propios de quienes saben muy poco sobre un mundo gigante, pero se sienten igualmente capaces, no solo de emitir ciertos juicios, sino también capaces de modificar prejuicios (la Iglesia lo hace, la Iglesia dice, la Iglesia es...) para alternar el equilibrio de poder desde el exterior. Por eso siento la necesidad de volver a una palabra más verdadera. La palabra es paz, y su correlativo es tranquilidad. En el Evangelio de Juan, una de las obras más hermosas jamás escritas, Jesús consuela

a sus desesperados discípulos. Uno de ellos acaba de traicionarlo. Otro, en quien fundará su Iglesia, lo negará tres veces. Sus discípulos, que también podríamos llamar amigos y hermanos, están desesperados, creen que lo han perdido para siempre. Su maestro está a punto de enfrentar su destino y tienen mucho miedo. Temen más por ellos mismos que por Él. ¡Qué bajo y a la vez qué humano pensar así! Creo que no es casualidad que Jesús, antes de irse, les diga: “Mi paz os dejo, mi paz os doy”. Habla de la palabra paz dos veces en la misma frase. La segunda vez, sin embargo, con ese “mi”, no solo entrega un mandato sobre cómo pueden estar en el mundo, sino que también entrega su tranquilidad, cuando Él estaba viviendo todo lo contrario. En mi lectura muy personal del texto veo a un hombre/dios que no guarda la paz para sí mismo, sino que la desea y se la da a sus hermanos. Por eso, cuando se intercambia un signo de paz en la iglesia, todavía me emociono. Nos encontramos (a veces con solo una mirada) y nos saludamos (tocándonos) dándonos un legado y un mensaje, que remite a la esencia de una posibilidad, la de marcharse en paz. El encuentro fue posible gracias a la tensión, el saludo solo es posible con la distensión. Si falta el cuerpo de la otra persona, si su forma y sus límites son imposibles de tocar, ¿qué hacemos con un regalo que se da y recibe secularmente en el intercambio, también físico?, ¿puedo dar (y recibir) paz de los fantasmas?

Me dan ganas instintivamente, –en cuanto conozco a una persona a la que quiero mucho–, de llevar mi mano al corazón, como diciendo “tú estás aquí, tú también estás aquí”, es el gesto que por ahora corresponde más ritualmente a un abrazo y a un apretón de manos en una iglesia. Me levanto de la cama y recuerdo con nostalgia la risa por la vergüenza que nos daba, de niñas y adolescentes, un gesto equivocado durante los ritos (arrodillarnos demasiado temprano, levantarnos cuando todos están sentados, sentarnos en medio del Credo) y me agrada la idea de que, al darnos paz de nuevo, hoy, en tiempos de distancia física, tenemos la gran oportunidad de permitirnos no saber cómo hacerlo.

Y así sonreír un poco.



UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Campus en Salamanca y Madrid



Formación
de excelencia
a tu medida

DOBLES GRADOS

- ▶ Ingeniería Informática + ADE Tecnológico
- ▶ Marketing y Comunicación + Publicidad y RR.PP.
- ▶ Periodismo + Comunicación Audiovisual

GRADOS

- ▶ Ingeniería Informática
- ▶ ADE Tecnológico
- ▶ Marketing y Comunicación
- ▶ Comunicación Audiovisual
- ▶ Periodismo
- ▶ Publicidad y RR.PP.
- ▶ CC. de la Actividad Física y del Deporte
- ▶ Maestro en Educación Infantil
- ▶ Maestro en Educación Primaria
- ▶ Enfermería
- ▶ Logopedia
- ▶ Fisioterapia
- ▶ Psicología
- ▶ Seguros y Finanzas
- ▶ Filosofía
- ▶ Derecho Canónico
- ▶ Teología

POSGRADOS

Áreas temáticas:

Informática • Comunicación • Educación •
Salud • Psicología • CC. del Seguro, Jurídicas
y de la Empresa • CC. de la Familia • Teología

Abierta **SOLICITUD DE PLAZA:**

www.upsa.es • sie@upsa.es

*Consulta disponibilidad formación *online*

Síguenos en:

